deseado por Platon, el cual decia: *Beatas fore respublicas, si vel sapientes eas regerent, vel earum rectores sapienter studerent;* y Aristóteles: *Sapere principantis est.* Y como el Pontificado no solo es sábio, sino que es el ministro de la misma sabiduría, creo poder decir que la Iglesia católica aceptando el dogma de la infalibilidad pontificia, y sometiéndose á sus decisiones supremas, sanciona los elevados deseos de aquellos filósofos y los realiza.

«Dios, por quien los reyes gobiernan, dice Bossuet, nada olvida «ni omite de cuanto conduce á enseñarles á bien reinar. Los minis«tros de los príncipes y aquellos que debajo de su autoridad tienen «parte en el gobierno de los Estados, en los reinos, en la adminis«tracion de justicia, hallarán en sus divinas palabras lecciones que «solo Dios podia darles. El formar la magistratura segun el espí«ritu de sus leyes es parte de la moral cristiana; Dios, pues, se ha «dignado decidirlo todo, esto es, dar decisiones á todos los reinos...

«Este es el mayor de todos los objetos que pueden proponerse á «los hombres, los cuales jamás prestarán demasiada atencion á las «reglas segun las que serán juzgados con eterna é irrevocable sen«tencia.

«Los que se figuran que la piedad disminuye la fuerza política «serán confundidos; la política que verá V. A. [1] es verdadera«mente divina, es la que observada puede hacer feliz al género hu«mano [2].»

Pues bien, la política que Bossuet llama divina, y que observada puede labrar la felicidad del género humano, es la política pontificia, porque está deducida de las palabras de la sagrada Escritura, cuya infalible interpretacion pertenece al Pontificado. Política elevadísima é independiente, no limitada á forma alguna, la cual se extiende á toda tendencia justa y á toda forma temerosa de Dios; política expresada en estas palabras de san Pedro: «Verdaderamente acabo de «conocer que Dios no hace acepcion de personas, sino que en cual«quiera nacion el que le teme y obra bien merece su agrado [3].» Política que no siendo la de ningun partido es la de la humanidad entera, cuyos diversos intereses armoniza equilibrándolos, y equilibra basándolos en el principio inconcuso de la justicia; política cuyo sublime objeto san Bernardo ve indicado en estas palabras de la Esposa: «Cazadnos estos raposillos que están asolando las viñas;» «manda, dice, arrancar los errores é injusticias apenas orientan y «empiezan á propagarse, manda vencerlos y exterminarlos no con «armas, sino con argumentos, á fin de que no prevalezcan y lo invà«dan y corrompan todo.» Política reguladora, pues los Gobiernos que la toman por norma experimentan la exactitud de este proverbio: «Gloria es de los reyes el investigar el sentido de la palabra de

[1] El Delfin de Francia. — [2] Política deducida de las propias palabras de la sagrada Escritura. (Introduccion). — [3] Act. x, 34, 35.

«Dios [1];» política cuyo reino pacífico, próspero y delicioso fue profetizado así por Isaías: «En los últimos dias el monte en que se eri«girá la casa del Señor tendrá sus cimientos sobre la cumbre de to«dos los montes, y se elevará sobre los collados, y todas las naciones «acudirán á él; y vendrán muchos pueblos y dirán: Ea, subamos al «monte del Señor, y á la casa del Dios de Jacob, y el *mismo* nos mos«trará sus caminos, y por sus sendas andarémos; porque de Sion sal«drá la ley, y de Jerusalen la palabra del Señor. Y él será el juez *su«premo* de todas las gentes, y convencerá *de error* á muchos pueblos; «los cuales de sus espadas forjarán rejas de arado, y hoces de sus «lanzas; *entonces* no desenvainará la espada un pueblo contra otro, «ni se adiestrarán mas en el arte de la guerra [2].»

«Este monte, dice san Jerónimo, está situado en la casa del Señor, «casa fundada sobre los Apóstoles y Profetas, que son tambien mon«tes en su calidad de imitadores de JESUCRISTO, monte al que dijo JE«SUCRISTO: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; es«ta Iglesia, fundada sobre Pedro, llenó de iglesias el orbe entero... la «doctrina de sus discípulos contiene la abundancia de paz que á los «mismos legó el Señor: la justicia perfecciona la mas hermosa ciu«dad, y á participar de ella están invitados los esclavos y los libres, «los griegos y los bárbaros, los ricos y los pobres, los nobles y los «plebeyos, los hombres y las mujeres, los jóvenes y los ancianos [3].» En resúmen, la Iglesia tiene por mision política enseñar y plantear la justicia universal, y como el fin natural de la política es obtener la universalidad de la justicia, digamos que el Pontificado, expresion suprema de la Iglesia, es el verbo político. Por esto pronuncia juicio sobre todos los regímenes y revoluciones, á todos juzga segun el dictado de la sabiduría que le ha sido comunicada, pues tiene una ley clarísima y una posicion independiente, garantías perfectas de la infalibilidad de sus doctrinas. El verbo pontificio, que no es fruto del criterio de las pasiones, sino de la inspiracion suprema, define y solventa las cuestiones políticas desde la region elevada y pura de los principios del órden eterno, proponiéndose enseñar la ciencia de la aplicacion de este al órden temporal, produciendo la admirable libertad de su palabra, la mas humanitaria porque la mas justa.

Á la política pontificia pueden aplicarse estas consideraciones, que la lectura del viaje de Jacob inspiró á un comentador: «La sa«biduría le acompañó á casa de Laban su tio, donde fue colmado de «bienes y de esposas y de prole, é hizo que recorriera ileso en medio «de peligros y dificultades, y de las insidias que le suscitaba Esaú, «todo el trecho que va de Canaan á la Mesopotamia; pues la sabidu«ría le acompañó por caminos rectos, seguros, mas fáciles, hasta po«nerle en compañía de sus amigos y parientes, como le habia sido «asegurado:» *deduxit Dominus per vias rectas* [4].

[1] Prov. xxv, 2. — [2] Isai. ii, 2, 3, 4. — [3] S. Hier. com. in Isai. xi. — [4] A Lápide.

Los caminos rectos son los procedimientos justos; el lenguaje franco, sencillo, cordial, el dar á cada cosa su verdadero nombre, el no ladearse ni hácia el poder, ni hácia las riquezas; el no ilusionarse ante la perspectiva de los beneficios de una autoridad protectora, ni ante las esperanzas de una ilimitada libertad, en fin, el guardar equilibrio entre los derechos y los deberes, las ideas y los sentimientos aceptables: tal es, señores, el método político del Pontificado. Toda su fuerza histórica emana del descubrimiento y conservacion de este equilibrio, que en vano han buscado y ensayado los partidos políticos, y que no sabrán jamás plantear los poderes humanos, porque depende mas de la sabiduría que de la fuerza, mas de la fe que del cálculo.

Considerad ó sino si las constituciones, en las que la política secular se ha propuesto fijar las bases del necesario equilibrio entre las masas y el poder, han rendido los resultados apetecibles, á pesar de haber agotado en sus discusiones y acuerdos toda la prudencia natural. Yo no combato ningun sistema, solo hago notar que las naciones siguen cambiando de leyes fundamentales, consagrándose á buscar la fijeza de legislacion que necesitan y no encuentran.

Las constituciones varian, pero el espíritu, la tendencia permanece.

Se desea el acuerdo de los pueblos, se invoca la alianza universal de las naciones; yo aplaudo esta invocacion, en verdad, este deseo es justo; pero las bases de la pacífica constitucion del género humano no deben echarse en un papel sino en los corazones. El fundamento de la union universal debe ser muy profundo, y el lugar mas profundo es la conciencia del hombre. La armonía de las conciencias es el primer paso, el preámbulo indispensable á la union de los pueblos. Pero las conciencias para unirse necesitan el influjo de una autoridad mas sutil que la monárquica y que la popular; solo el verbo religioso penetra, y este verbo no sale sino del Pontificado. El principio de la política universal es la sabiduría pontificia.

¿Cómo se explica, pues, esta lucha sostenida de los Gobiernos terrestres con el eclesiástico? ¿Por qué los imperios, y las monarquías y las repúblicas no dejan en reposo á los Papas?

Una ojeada á la política contemporánea nos dará la explicacion: no hay necesidad de extendernos mucho. Si se considera el órden de principios desenvuelto por los Gobiernos europeos en lo que ha transcurrido de siglo, ¿no es verdad que podrémos decir que parecen escritas en nuestros tiempos estas palabras que Cornelio ha atribuido á los enemigos de la sólida sabiduría: «La ley de la verdadera justicia perjudica nuestros intereses y concupiscencia; constituyámonos, pues, otra ley de justicia, no conforme á la recta razon, sino á nuestros deseos, para que sea justo cuanto apetezcamos [1]?»

[1] A Lap. in Sap. II.

Sí, pero desde luego se comprende que semejante fin no puede expresarse sin ambages: la política independiente del Verbo de la sabiduría necesita ocultar á dónde va. Su lenguaje ha de ser anfibológico, porque sus proyectos no son admisibles. De ahí que la ciencia política consista principalmente en el arte de ocultar las intenciones; la prudencia del secreto es lo que aspiran alcanzar las escuelas políticas. Esto es altamente maquiavélico y opuesto á esta bienaventuranza cristiana: «Bienaventurados los sencillos de corazon.» Sin embargo, el espíritu maquiavélico domina. Así la injusticia conquista con la astucia lo que jamás podria conquistar con la franqueza. ¿No observais la política italiana? ¿No veis á dónde va? ¿No veis por qué caminos se dirige á su fin? ¿No veis que tiene apuntadas todas sus armas contra la Iglesia? No obstante preguntadle si quiere el Cristianismo, y os contestará: soy su hija.

Lenguaje perjudicial á los hombres poco previsores, pues no escasean los que son incautos hasta el punto de admitir que la injusticia no está en la revolucion atea sino en la Iglesia. Bien hacia Bossuet recordando á su príncipe estos versos del libro de los Proverbios: «El perverso é infiel es un hombre perniciosísimo, no habla mas que iniquidades, guiña los ojos, hace señas con el pié, habla con los dedos, maquina el mal en su depravado corazon, y en todo tiempo siembra discordias, ya echa bravatas, ó da quejas y pone en discordia á los mejores amigos. Á todo echa mano, menos á la verdad.»

«Y en otro capítulo: «Hay hombres que dicen á los que ven, no queráis ver; y á los que miran, no querais mirar para nosotros las cosas que son rectas; decidnos solo las cosas agradables, llenadnos de ilusiones y errores.»

«Pocos dicen esto con la boca, muchos lo dictan con el corazon. «El mundo está lleno de aquellos de quienes dice el Sábio: El insensato no escucha los discursos prudentes, ni inclina el oido si no le hablais á medida de sus pensamientos [1].»

¿Me preguntais por qué la política terrena rechaza la política pontificia? Yo os contesto: acordaos que Acab pidió á Miqueas le manifestase la verdad; el Profeta se la manifestó, pero la verdad no era favorable al Rey, por esto el Rey se indignó contra Miqueas, y le entregó á Amon y á Joás, diciéndoles: «Meted á ese hombre en la cárcel, y alimentadle con pan de dolor y de afliccion [2]...»

Pues bien, el Pontificado es un Miqueas que jamás enmudece; la verdad sale siempre de sus labios, y su franca expresion no conviene á los discípulos del maquiavelismo.

Debemos, pues, insistir en la necesidad de que se declaren los espíritus de nuestros adversarios, para que los pueblos que ven la se-

[1] Bossuet, Política deducida de las propias palabras de la sagrada Escritura.
[2] III Reg. XVII.

veridad de nuestros principios, vean asimismo la monstruosidad de sus promesas y falsedad de sus intenciones. Que los espíritus todos se revelen, que cada hombre escriba en su frente su procedencia, su destino y su credo. El mundo se pierde por falta de franqueza.

Sé que en vano reclamarémos esta ingenuidad, pues no es conveniente á la prudencia revolucionaria.

La política anticristiana tiene su tipo en las vírgenes moabitas que fornicaron con los hebreos; primero les presentaron su hermosura para atraerles; cuando les hubieron embelesado con la gracia de sus fisonomías y ademanes, no les permitieron consumar con ellas sus deseos sin que antes idolatraran[1]. La hermosura fue el pretexto, la idolatría el fin.

Tambien la política anticristiana tiene por fin apartar la sociedad de su justicia; atrae á los pueblos con el cebo de un porvenir hermoso; promételes progresos materiales, adelantos positivos, reinos de igualdad, expansion libre; los pueblos escuchan, se enamoran del plan; los deseos de verle realizado crecen en ellos y les embriagan, y cuando están fuera de sí para obtener el término de su locura, entonces la política anticristiana les da á entender que para llegar al colmo de sus aspiraciones es indispensable romper con ciertas tradiciones, aflojar ciertas leyes, compartir el culto de su corazon entre varios dioses. La idolatría asoma tras la hermosura; el hecho de las hijas moabitas se reproduce.

Pero la generacion de las hijas moabitas no fue venturosa ni estable: la política revolucionaria atea no da ningun fruto opimo al porvenir, sus obras son pésimas y amargas: ella puede decir como Betsabé: *concepi*, pero le es preciso oir esta palabra de los que le han fecundizado: *Peccatum meum contra me est semper.*

IV.

Concluyamos, los pueblos criados por una fuerza superior al hombre tienen un destino igualmente supremo, al que han de dirigir ya todas sus terrestres operaciones: la direccion temporal de los pueblos á su destino eterno es el alto objeto de la política, la cual no es la fuerza, sino la sabiduría, y no hay sabiduría que no emane del Verbo divino. La conformidad de la política temporal con el Verbo eterno es el único método de labrar la dicha de las generaciones.

La Iglesia, por cuya boca el Verbo habla, tiene el depósito de las soluciones convenientes á los difíciles problemas sociales. No admitir las soluciones de la Iglesia es condenar los pueblos á perderse definitivamente en un laberinto de teorías sin salida. Las bases del régimen humanitario y popular deben echarse en el Catolicismo;

[1] Num. XXV.

fuera de él no puede constituirse sino el abuso del poder ó el abuso de la muchedumbre.

La corona, que el Verbo divino colocó en las sienes de la inmaculada Reina, es símbolo de la brillante sabiduría de que él mismo coronó á la Iglesia, á la que, como á aquella, dió el espíritu de direccion. Como hemos visto, la política de la Iglesia es la del Verbo, es política de inteligencia y misericordia. El Verbo se encarnó para realizar una série de sacrificios, cuyo objeto fue unir todos los hombres, santificándolos, glorificándolos.

Union, amor, caridad: hé ahí las bases de la política realizada por el ministerio del Cristianismo, inspirado por el Verbo.

Para el triunfo de estas ideas, la Iglesia, á imitacion del Verbo encarnado, ayuna, ora, suda, recibe atropellos, salivazos, azotes, corona de espinas, cetro de caña, vinagre por refrigerio, cruz por lecho y lanzadas por añadidura. Pero la Iglesia con cetro de caña sabe reinar con una política de fraternidad y union, que no acertarán á plantear, con sus cetros de oro, los Gobiernos que se inspiren en otro verbo que el que á ella le inspira.

Los pueblos que escuchan á la reina Iglesia, por mas que sea de espinas su corona, se salvan; los que la desprecian, semejantes á los judíos que crucificaron el Verbo encarnado, perecen bajo las ruinas de sus capitales, arruinadas por el nuevo Tito que Dios suscita.

Tú eres la madre de la sociedad que se rige por la Iglesia que simbolizas, santa Vírgen; tú la llenas del espíritu de inteligencia y del don de consejo que en tí sobreabunda.

Ea, pues, augusta hija del Altísimo, eminente directora de la humanidad redimida, á tí acudimos para que disipes las tinieblas que envuelven las generaciones, é interceptan al alma los rayos de la divina luz: habla á nuestros oidos, ilústranos, dirígenos, para que andemos, como Jacob, por los caminos rectos.

¡Qué excelso lugar ocupas, ó Madre, en las eternas moradas!... El paganismo concibió una caprichosa imágen de tí, y no hay duda que á la diosa que representó con aquella imágen, atribuyó una plenitud de gracias, solo aventajada por la de las de Júpiter. Creyeron que Minerva, la diosa salida de la cabeza del dios de los dioses, comunicaba el don de profecía, que dilataba la vida de los mortales, que proporcionaba el bienestar despues de la muerte, que al inclinar la cabeza al oir una peticion estaba irrevocablemente atendida; puesto que, añade el poeta: «Solo ella mereció que Júpiter le «concediese ser en todo igual á él;» en fin, creian que era ella la que enseñó á las hijas de Pandaro... que era ella la que construyó el barquichuelo de los argonautas, colocando á su proa un madero parlante, que les advertia los riesgos y manifestaba los medios de salvarlos. Minerva era la sombra, ó sábia Vírgen; el Dios de todos los Santos te llenó de su gracia; tú realmente dilatas la existencia de los mor-

tales, que te llaman por esto *vida;* tú les das la felicidad eterna, y cuando tú acuerdas gracia, Dios no la revoca; tú enseñas las generaciones de los siglos; construiste, sí, la nave misteriosa de la Iglesia, en cuya proa fue colocado el timon parlante del Pontificado que indica los escollos y enseña á salvarlos. Mas elevada, mas sábia, mas poderosa, mas engrandecida eres que Minerva.

Te proclamamos, pues, Señora, nuestra guia y nuestra maestra: guíanos, y andarémos á la luz de tus palabras. Así sea.

CONFERENCIA DÉCIMASEXTA.

La popularidad de María y de la Iglesia procedente de la corona del Espíritu Santo.

Importancia y oportunidad de tratar esta cuestion.—La popularidad de la Iglesia, considerada desde el punto de vista de la popularidad de su autor.

I. El Espíritu en la divinidad y en la creacion.—Excelencia del mismo y degradacion del materialismo.—Aspiraciones de la humanidad al planteamiento del reino del espíritu.—Influencia del Espíritu Santo en aquel planteamiento.—Popularidad de JESUCRISTO, basada en las promesas y garantías de la constitucion del mismo reino.—Diferentes acepciones en que se toma la palabra popularidad.

II. El espíritu del reino de Dios, manifestado por JESUCRISTO.—Exámen de esta máxima: *Bienaventurados los pobres de espíritu.*—El pobre de espíritu es el hombre eminentemente espiritual.—Relacion de esta doctrina con la popularidad de JESUCRISTO.—Consideraciones de esta máxima: *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra* en relacion al reino del espíritu.—Un nuevo órden de legitimidad creado por la moral de la mansedumbre.—Influencia de sus principios en las disposiciones del pueblo.—El Espíritu Santo, causa de la popularidad de JESUCRISTO.—Relaciones entre las bienaventuranzas formuladas por el *Verbo* y los dones procedentes del *Espíritu Santo.*—Ideas de san Agustin sobre el particular.—Reconocimiento espontáneo de la monarquía de JESUCRISTO por el pueblo.—Popularidad de JESUCRISTO despues de su muerte.

Nos falta hablar de la tercera corona puesta en las sienes de la Vírgen inmaculada, y que por cierto no es menos admirable que las dos ya consideradas. Es la corona del espíritu. Y ¿de qué espíritu? del espíritu de santidad, de union y de plenitud de amor, que estas son las tres cualidades características de la persona del Espíritu Santo, procedente del Padre y del Hijo, el que dirigió tambien á María esta palabra: *Veni, coronaberis.*

Esta corona, don del Espíritu Santo, nos indica que el espíritu de union, de santidad y de plenitud de amor, es otro de los caractéres del reino de la Iglesia simbolizado por María, y la mas elocuente explicacion de su no interrumpida popularidad.

La popularidad de la Iglesia, consecuencia del poder y sabiduría de su espíritu, es un punto cuyo desarrollo juzgo muy oportuno, en un tiempo en que tanto pesan las popularidades en la balanza de